

http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/filosofia/limites-persuasion_0_362963775.html

Clarín, Revista Ñ, **Ideas**, Filosofía, 01/11/10

Los límites de la persuasión

En "El discurso social", editado ahora en castellano y eje de este diálogo, el investigador canadiense elabora una teoría sobre las reglas ocultas que rigen todo lo decible y lo pensable en una sociedad, de los textos académicos a los diarios masivos.

POR *Alejandra R. Ballester*



ANGENOT: "La hegemonía discursiva se compone de una serie de lugares comunes, esquema básicos y reglas de verosimilitud".

¿Acaso las ideas tienen fecha de vencimiento? ¿Qué rasgos retóricos pueden tener en común un informe científico, una novela, una canción de cabaret y un chiste? ¿Qué lógicas argumentativas sustentan ideologías como el antisemitismo? ¿Es posible determinar regularidades que articulen la trama de los discursos sociales de una época? Marc Angenot, investigador canadiense de origen belga, dio respuesta a estas preguntas, entre muchas otras, en sus estudios sobre el discurso social, historia de las ideas y retórica de la argumentación. Lejos del enfoque intemporal de los manuales de retórica, las investigaciones de Angenot han abordado el estudio de las reglas de persuasión, las tópicos y los microrrelatos como hechos sociales e históricos. Su reflexión sobre los discursos giró en torno a la historia de las ideologías políticas y los grandes relatos de la Modernidad al tiempo que profundizó en cuestiones conceptuales y metodológicas de su disciplina. Con muchos puntos en común con los enfoques de Eliseo Verón, sus aportes a la teoría del discurso social habían sido introducidos en la cátedra universitaria por Nicolás

Rosa pero no habían encontrado, hasta ahora, traductor ni editor en la Argentina.

Una de las más ambiciosas apuestas de Angenot fue 1889: un *etat du discours social* (1889, un estado del discurso social), donde analizó toda la producción impresa en lengua francesa de ese año. Su objetivo fue abarcar, en su totalidad, la producción social del sentido y sacar a la luz la interdiscursividad de la época, volviendo a poner en comunicación “los espacios sublimes de la reflexión filosófica, el eslogan político, la canción de café concert, la comicidad de las revistas satíricas”, entre otros discursos.

El capítulo inicial y las conclusiones de esta investigación en la que Angenot define su concepto de hegemonía discursiva son publicados ahora por Siglo XXI en *El discurso social*. Los límites de lo pensable y lo decible, junto con otros artículos que abordan desde el discurso pictórico hasta nuevas propuestas en torno a la argumentación. Con humor, generosidad y amplitud, Marc Angenot respondió por mail a las preguntas de N, desde su cátedra en Mc Gill University en Montreal, Canadá.

En sus investigaciones sobre la argumentación como hecho social usted sostiene que en cada época hay límites de lo pensable y lo decible. ¿Cómo se reconocen esos límites en la actualidad? ¿En qué se diferencian de los de 50 años atrás? Sugiero comenzar con un experimento simple: vaya a su altillo y busque, en alguna caja vieja, diarios y revistas de hace cincuenta años. Léalos. Seguramente se sentirá impactada por avisos que le parecerán “sexistas”, “racistas” (éstas son nociones que varían históricamente) o de muy mal gusto. Los chistes de las revistas ya no la harán reír. Empezará a leer editoriales y crónicas, calculo que tendrá periódicos peronistas, radicales, de extrema derecha y de izquierda. Con certeza notará formas de razonar, argumentos, valores, presuposiciones que le parecerán manipuladores, arbitrarios, absurdos, falaces, ridículos, póngale el nombre que quiera... Se habrá convertido ya, medianamente, en una especialista en crítica ideológica. Y se preguntará: ¿por qué no soy igualmente crítica al leer el diario de hoy? Cuando empecé a estudiar todo lo impreso en Francia en 1889 tenía la “ventaja” de la posición retrospectiva de un siglo. Aunque el sentido literal de lo que leía era inteligible, la respuesta emocional se había desvanecido. Las escenas patéticas de los grandes dramas me hacían sonreír. Las declamaciones de los pensadores no me convencían. Dos o tres generaciones después –con la excepción de pocos poetas o filósofos–, el discurso social, en conjunto, ya no funciona.

¿Por qué eligió trabajar sobre el año 1889 en particular? Como había decidido trabajar sobre fines del siglo XIX en Francia, me pareció un muy buen año: es el año de la Exposición Universal en París y el de la Torre Eiffel, cuando el profascista general Boulanger es sospechado de preparar un golpe contra la República. Es el año del drama de Mayerling (31 de enero) uno de los primeros *fait-divers* (sucesos) universales de los tiempos modernos. Quería hacer un corte sincrónico, de una muestra extensa del material impreso como un todo producido en una cultura determinada en un año y ver qué conclusión podía sacar de esta empresa bulímica.

¿Qué rasgos comunes encontré, por ejemplo, en los discursos de la ciencia y la literatura, tan aparentemente distantes? Mi objetivo metodológico fue integrar esos campos discursivos que tradicionalmente se investigan separadamente – literatura, filosofía, ciencia, etcétera– con la totalidad de lo escrito, impreso, disseminado. Desde los medios a la investigación estética, de los bajos fondos de la pornografía a las canciones de cabaret, los monólogos burlescos, los chistes. Mi objetivo era construir un paradigma histórico, que ese material iba a ilustrar y justificar. ¿Cuáles fueron esos rasgos comunes? Por ejemplo, elaboré ciertas hipótesis sobre la gnoseología dominante a fines del siglo XIX. La definí como un modo novelístico generalizado. No digo que el cientista social (como el criminólogo Cesare Lombroso y su teoría de *L' Uomo Delinquente*), el médico (como el Dr. Charcot en *La Salpêtrière* y sus estudios sobre la histeria femenina) o el abogado, en sus sentencias, imitaran al novelista, sino que este género literario era un avatar específico de un modo general de la gnoseología burguesa.

Esta gnoseología burguesa se construye en secuencias narrativas reguladas por máximas implícitas de verosimilitud, en las que el acto de leer opera generalizando inducciones que son eventualmente validadas en el curso de la narrativa. El lector proyecta en la pantalla de la ideología narrativa los códigos que, sin embargo, no son nunca objetivados en la narrativa misma. Esta suerte de cognición narrativa actualiza dos esquemas ideológicos: el de un cierto realismo convencional y el de una iconización de lo social que produce un elenco de caracteres típicos. Cuando uno lee un caso en una revista de medicina o en la acusación de un fiscal en un periódico judicial, tiende a volverse una narrativa “realista”, con sus presuposiciones de verosimilitud y su construcción de tipos: el joven degenerado de buena familia, la mujer histérica, el campesino cauto, etcétera.

El concepto de hegemonía es central en su libro. ¿Cuál es su relación con la idea de hegemonía gramsciana? ¿Cómo se aplica al discurso? Sí, esta noción fue tomada de Antonio Gramsci pero creo que no fui muy fiel al significado que tiene en sus escritos. La hegemonía en el discurso social es la extrapolación de las reglas discursivas y tópicos que subyacen al rumor infinito de los discursos sociales, sin ser nunca objetivadas. Estas reglas subyacentes comprenden un repertorio temático, un sistema cognitivo, una división del trabajo en los dominios del discurso. Esos son los componentes de la dinámica que engendra lo decible, lo escribible, la aceptabilidad discursiva en un momento histórico dado en una sociedad determinada. Todos los tópicos de la interacción social son formulados dentro del discurso social. Este produce creencias, legitima y publicita ciertos puntos de vista, gustos, opiniones mientras que reprime otros considerados quiméricos o extravagantes. Pero no defino la hegemonía como un sistema totalitario y homogéneo: ésta produce antagonismos regulados entre imágenes conflictivas. La hegemonía discursiva se compone de una serie de lugares comunes, esquemas básicos y reglas de verosimilitud, reprimidos al punto de dar lugar a los antagonismos ideológicos y los debates. El conjunto de estos lugares comunes produce una visión del mundo dominante, el *Zeitgeist* o espíritu de la época. Las fobias discursivas también se incluyen aquí: individuos o grupos que son rechazados y señalados con disgusto. Hay formas estereotipadas de lidiar con esos sujetos: el racismo, la xenofobia, el sexismo.

Y otro de sus aspectos, los tabúes universales: lo impensable, lo absurdo, lo quimérico. Una cantidad de ideas que hoy nos parecen obvias y banales eran literalmente impensables en 1889.

Según esta idea de hegemonía discursiva, ¿puede haber artistas o filósofos que realmente rompan con las ideas canónicas de su tiempo? ¿O están todos determinados por los límites de lo decible y lo pensable? Quiero distinguir los verdaderos quiebres de los lugares comunes hegemónicos, de las formas predecibles de originalidad, de las paradojas que la hegemonía misma engendra. El discurso social incluye la producción social de individualidades, originalidad, competencia, talento. También es el productor de las llamadas opiniones personales y de formas reguladas de disidencia, de formas refinadas de opinión. Sin embargo, considero que la literatura como tal cumple una función específica, porque es un discurso que empieza a decir algo después de que los otros discursos institucionalizados han dicho lo que tenían que decir. El escritor, el dramaturgo, es para mí alguien que escucha el inmenso rumor del discurso social que llega a él en forma de fragmentos erráticos, imágenes, frases con la marca de los debates en los que participaron. El escritor es alguien para quien lo real, mediado por el discurso social, se le ofrece como un rompecabezas disperso pero con la garantía de que, con cierto trabajo y manipulación, alguna forma saldrá a la luz. Los textos literarios deben ser analizados como aparatos intertextuales que seleccionan y transforman nociones que migran a través de la red sociodiscursiva. También es importante para el analista del discurso, explorar los márgenes de lo pensable. Yo estudié, por ejemplo, los panfletos y diarios anarquistas de Francia. El anarquista afirma pensar por sí mismo, de una manera rebelde. Proclama que piensa correctamente porque piensa diferente. Pero, desafortunadamente, los escritos anarquistas resultaron ser decepcionantemente previsibles y no tan audaces intelectualmente como pretendían ser.

La argumentación ha sido considerada tradicionalmente como el arte de la persuasión pero usted señala que se trata de un diálogo de sordos. ¿En qué circunstancias? Me parece que el diálogo de sordos es en la vida pública, en los debates políticos, la regla más que la excepción. A veces el desacuerdo no tiene que ver solamente con distintos valores o principios, a veces tengo la extraña sensación de que mi oponente no pertenece a mi universo mental, no choca conmigo sólo por la elección de los argumentos sino por su forma de descifrar el mundo. La diferencia está en las reglas que definen lo argumentable, de manera que a los que están “afuera” les parece que el razonamiento es ininteligible o corresponde a una lógica loca. El episodio del Quijote en el que él quiere hacer jurar a los mercaderes que Dulcinea es la mujer más bella del mundo, es un ejemplo de diálogo de sordos donde se enfrentan dos lógicas, la arcaica del honor feudal y la lógica emergente, práctica, de los mercaderes. Son situaciones en las cuales no hay una base axiomática común. Yo propongo que estos temas que se relacionan con la heterogeneidad de las mentalidades sean objeto de la retórica y la psicología.

¿Podría dar un ejemplo de una lógica de razonamiento específico ligada a una ideología? Todas las obras que analizan las aberraciones ideológicas del siglo

XX, el fascismo, el antisemitismo, el estalinismo, el ultra- nacionalismo concluyen que no nos enfrentamos simplemente con una particular visión del mundo o una creencia, sino con formas muy sui generis de pensar que parecen resultado de una ingeniería particular. El antisemitismo no es sólo una ideología sino también una forma de orientar el pensamiento y de persuadir a otros. Son ideologías del resentimiento, las grandes narradoras de los relatos conspirativos. Sus intrigas maliciosas no pueden ser confirmadas a través de la observación directa, una enorme conspiración secreta debe ser presumida... y uno debe convencerse de su existencia si la hipótesis es considerada. Como su resentimiento queda atrapado en sus contradicciones y las demandas y el rencor resultan incomprensibles desde el exterior, la conspiración sólo puede reconfirmarse ante sus ojos.

Usted considera el pasado como “un cementerio de ideas muertas”... En los últimos 30 años asistimos al colapso de dos esquemas centrales de la Modernidad: los proyectos utópicos, por un lado, y la idea de progreso y de las leyes de la historia. Esquemas ligados, sin duda, al concepto de religión secular: doctrinas y programas de transformación social –desde el fin del Romanticismo hasta la Segunda Guerra–, basados en una fe militante en una solución global y en la cura obtenida del análisis de los defectos de la sociedad. El siglo XIX razonaba de manera optimista con respecto a los males sociales como la explotación de las clases trabajadoras, la esclavitud, la opresión de las mujeres, el alcoholismo, la prostitución... Hoy seguimos enfrentándonos con la miseria y la exclusión, pero no estoy muy seguro de que en el presente estado de la sociedad podamos razonar sus remedios y predecir la futura desaparición de esos males. En la actualidad pretendemos denunciar esos males sin ser capaces de pensar cómo remediarlos sin efectos perversos. El siglo XX demostró a nivel global cómo la solución puede ser peor que el problema y cómo nada es más peligroso que aquellos que abundan en buenos deseos para la Humanidad.